

Maria Reina de la Paz

Marzo - abril 2006 - Editado: por Eco di Maria, C.P. 27 31030 Bessica (TV) (Italia) - Tel / fax 0423. 470331
A. 22, N° 3-4; Esd.a.p. art.2,com.20/c, leg.662/96 filiale di MN-Autor.tribun.MN: 8.11.86, ccp 14124226

186



Mensaje del 25 de enero de 2006

“Queridos hijos, también hoy os invito a ser portadores del Evangelio en vuestras familias. No olvidéis, hijitos, leer la Sagrada Escritura. Ponedla en un lugar visible y testimoniad con vuestra vida que creéis y vivís la Palabra de Dios. Yo estoy cerca de vosotros con mi amor e intercedo ante mi Hijo por cada uno de vosotros. Gracias por haber respondido a mi llamada”.

Portadores del Evangelio

Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa (Lc 19,5), dice Jesús, y Zaqueo lo acogió con gozo y este encuentro cambió su vida tal como Jesús mismo lo dice: “Hoy, la salvación ha entrado en esta casa” (Lc. 19,9). Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (Eb 13,8); hoy, como entonces, Jesús viene a buscar y a salvar al que estaba perdido (cfr Lc 19,10). Él viene a pedirnos que le dejemos entrar en nuestra casa, en nuestro corazón, en nuestra alma, en nuestra familia, en nuestra intimidad. Jesús viene a traernos la salvación, pero no podemos recibirlo en la dispersión, Él quiere establecerse en nuestra vida, para ser nuestra Vida. Nuestro encuentro con Él debe cambiar radicalmente nuestra vida y, aunque el cambio no sea instantáneo, sí debe suponer el inicio de un proceso de conversión real. El tiempo y la forma serán diferentes en cada persona, pero uno solo es el camino: la comunión con Cristo Jesús.

María nos invita a ser portadores del Evangelio en nuestras familias, es decir, a acoger a Jesús, la Palabra encarnada, la Palabra de Vida, en la familia. Cuando falta Jesús, falta la Luz, falta la Sabiduría, falta la Paz y el Amor. Podemos buscar sucedáneos, pero enseguida nos daremos cuenta de que, tarde o temprano, se demostrarán ineficaces. *Sólo en Dios reposa mi alma; mi salvación me viene de Él* (Sal 61 (62)). El reposo del alma no es más que el abandono en Dios, premisa de la comunión con Cristo, de la cual proviene la comunión en las familias y en la Iglesia, realidades fundamentales para el establecimiento del Reino de Dios. **Os invito a ser portadores del Evangelio en vuestras familias:** es una invitación dirigida a todos y a cada uno de nosotros, padre, madre, hijo, hija, hermano, hermana... cada uno debe ser portador del Evangelio para los demás, para poder vivir así en plenitud la propia misión (cfr Mc 3,35) y para que así Cristo sea todo en todos (cfr Col 3,11). **No olvidéis hijitos, leer la Sagrada Escritura.** La lectura –escucha– de la Palabra, es un canal de



La Cuaresma es el tiempo privilegiado de la peregrinación interior hacia Aquél que es la fuente de la misericordia.

BENEDICTO XVI

comunicación entre Dios y el hombre, es disponernos y abrirnos a Su gracia y sumergirnos en el Espíritu Santo. No es la primera vez que María nos hace una llamada a colocar la Biblia en un lugar visible (18 de octubre, 1984; 25 de agosto, 1996) y a ser portadores de la Palabra de Dios (25 de agosto, 1996); a leerla y vivirla (25 de agosto, 1993; 25 de agosto 1996) y a leerla en casa (18 de octubre, 1984; 14 de febrero 1985; 25 de junio 1991; 25 de agosto 1996). Hoy, nos sigue diciendo: **Ponedla en un lugar visible y testimoniad con vuestra vida que creéis en la Palabra de Dios y la vivís.** La Biblia, expuesta en nuestro hogar, es una bandera que indica nuestra pertenencia a la Patria celestial y una declaración de nuestra identidad de hijos de Dios con Cristo Jesús; una auténtica declaración y testimonio de la unión de nuestra vida con Su Vida, que sigue Sus huellas y que esparce el perfume de Cristo.

Aun conociendo la infinita distancia que hay entre lo que somos y lo que estamos llamados a ser, entre nuestra humanidad y Tu divinidad, Jesús, no queremos detenernos bajo el peso de nuestra pobreza y miseria. Con serena humildad, deseamos caminar contigo. María **está cerca e intercede por nosotros con Su Amor**, y así nuestras limitaciones, que Ella te presenta a Ti, alimentarán el fuego de Tu Amor.

¡Gracias Jesús, gracias María!

Nuccio Quattrocchi

Mensaje del 25 de febrero de 2006:

“Queridos hijos, en este tiempo de gracia cuaresmal os invito a abrir vuestros corazones a los dones que Dios desea daros. No os cerréis, sino que con la oración y la renuncia decid Sí a Dios y Él os dará en abundancia.

Así como en la primavera la tierra se abre a la semilla y da el ciento por uno, así también el Padre Celestial os dará en abundancia. Hijitos, yo estoy con vosotros y os amo con amor tierno. ¡Gracias por haber respondido a mi llamada!”

Decid sí a Dios

La Iglesia cada año se une al Misterio de Jesús en el desierto con los cuarenta días de Cuaresma (cfr Catecismo de la Iglesia Católica, n° 540). **En este tiempo cuaresmal de gracia, os invito a abrir sus corazones a los dones que Dios desea darles.** La Cuaresma es un tiempo de gracia muy especial y cada uno puede hacer de él un tesoro si vive este tiempo con el corazón abierto; no basta con ser espectador, debemos ser partícipes. Debemos vivir el tiempo de salvación, entrar en el misterio que se contempla, ser parte viva y activa. **No os cerréis: con la oración y con la renuncia decid Sí a Dios.** La invitación que María nos sigue ofreciendo desde Medjugorje es en este tiempo especialmente insistente y llena de promesas. Quien haya dicho *sí* a Dios desde hace tiempo, que renueve su *sí*, que lo encomiende al Bautista en las aguas del Jordán, que lo exponga a la bendición del Padre celestial. Quien haya olvidado su *sí* pronunciado hace tiempo, *se deje reconciliar con Dios* (cfr. 2 Cor 5, 20). Quien no haya dicho nunca *sí* que lo diga ahora, que lo diga enseguida, aún está a tiempo. Que cada uno abra su corazón a Dios; **con la oración y la renuncia diga sí a Dios.**

El *sí* que Dios espera de nosotros es el “*He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra* dicho por María al Ángel (Lc 1, 38); es el *Heme aquí que vengo, para hacer; joh Dios!, tu voluntad* dicho por Jesús (cfr Heb 10, 7-9; Mc 14, 36). No se trata de repetir fórmulas o de inventar nuevas; se trata de dejarse alcanzar por Dios por la oración y la renuncia y, una vez alcanzados, estar con Él, comunicarse con Él; como Jesús, como María. Debemos *renunciar* a las voces que ocultan la Voz, a las luces que ocultan la Luz, a los amores que destruyen el Amor, a las riquezas que disipan a la Riqueza, a las esperanzas que ahogan a la Esperanza. Renunciar equivale a ayunar. Oración es canalización de la gracia salvadora. *Orar* es respirar el Espíritu, es sumergirse en Dios, naufragar en Su

Era un día de primavera

Amor. *Orar* es alabar a Dios en cualquier circunstancia, en la alegría y en el dolor, en el esfuerzo y en el descanso, en la salud y en la enfermedad, porque siempre, incluso cuando no Le sentimos, Él está junto a nosotros, con nosotros. Nunca estamos solos; *Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo* (cfr Mt 28, 20).

En este tiempo de gracia digamos **sí a Dios**. Renovemos conscientemente nuestras promesas bautismales; la fe en Cristo y la renuncia a satanás, a todas sus obras, a sus seducciones. Alcancemos en el sacramento de la confesión el perdón de los pecados y el don de la reconciliación con Dios y con los hermanos. Acojamos en la santa Eucaristía el don de la vida en Cristo y la fuerza de poder darnos a los hermanos. **No os cerréis: con la oración decid Sí a Dios y Él os dará en abundancia.** Es más, Su don nos lo ha dado ya; esta ahí, ante nosotros, incluso dentro de nosotros; espera sólo ser reconocido y acogido: ¡es Cristo Jesús!

Así como en la primavera la tierra se abre a la semilla y da el ciento por uno, que nuestro corazón se abra al Reino de Dios que *bajará como la lluvia sobre la hierba, como el agua que riega la tierra* y así en el mundo *florece la justicia y abundará la paz* (Sal 71 (72), 6-7). **María está con nosotros y nos ama con amor tierno.** Tan tierno como un brote, como un retoño primaveral. Es la Vida que florece en Ella y que nos da para nosotros. Es *el retoño del tronco de Jesé* (Is 11, 1) que espera florecer en nosotros.

N.Q

Hace un año que murió y parece que fue ayer. Nos hemos sentido huérfanos, aunque sólo por poco tiempo, pues es tan viva su presencia que parece que aún esté entre nosotros. ¡Y eso que tanto temimos perderlo! Cuántas veces nos preguntamos: ¿quién podrá sustituirlo?, de tan habituados que estábamos a su modo de hacer y de guiar la Iglesia.

Los acontecimientos nos han contradicho: **JUAN PABLO II** desde el cielo prosigue su misión, libre ya de un cuerpo tan maltrecho que, al final de sus días, apenas le servía de sostén a su alma ya madura, que deseaba darse con mayor radicalidad, si cabe, a sus hijos. En su lugar, nos fue dado un Pontífice de igual estatura aunque con su propia singularidad.

Normalmente para conmemorar un aniversario, y sobre todo el primero, se dicen y se escriben muchas cosas. Aunque tal vez por una inevitable retórica, nos hagan recordar acontecimientos que el tiempo ha convertido en recuerdos. Queremos recoger ahora, unas palabras escritas dos días antes de la muerte del Papa Wojtyła, cuando éste ya se encontraba próximo a su fin. Palabras que conservan aún la espontaneidad y poesía de aquellos momentos en que con un corazón conmovido y agradecido, se preparaba para el ansiado encuentro con el Padre amado.

Roma 1º de abril del 2005

“El mundo es un altar que canta gloria a Dios, a través de sus bellezas naturales, con una singular y única melodía expresada por la luz de los astros, por la voz del transcurrir

de las aguas y por el calor del fuego que enciende la pasión del gozo que el mismo Creador tiene por su creación. De la tierra, que en el dar su linfa para nutrir los seres vivos que la habitan, da luz a tantas primaveras, el pensamiento recoge gustando el amor infinito, aquel único e irreplicable milagro que consume toda fracción de tiempo.

El hombre, criatura predilecta del amor de Dios, florece como la primavera y como un capullo se abre al sol en toda su belleza, para mostrar los infinitos colores y matices que el alma en gracia multiplica; es como flor que resplandece y todo lo perfuma, esparciéndose en el todo.

Tú, hombre auténtico, te completas en Dios tomando así un vestido tejido por las más preciosas hilaturas y, en verdad, un tejido que es purificación de los pueblos y sostén en su vacilar. Tú, peregrino en el mundo, que fijas las ramas en el tronco, reconstruye el pueblo de Dios, sana las heridas y salva las distancias entre corazones; divide tu corazón para que sea un corazón ofrecido que se da a todo y a todos de igual manera y que, en ese darse, se lacera cada vez más, hasta dar ese Amor que te viene del Padre, para ser todo en Dios.

Tú, preciosa flor que floreces en la santa primavera, la misma que fue santificada por la pasión y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, has madurado como la más bella de las flores y te has vestido de luz, te has vestido de todos nosotros, para llevarnos a Dios, en un infinito de gloria. Gracias Amigo, Hermano, Padre y Madre, Santo.

La primera encíclica del papa Un Dios que es sólo amor

La primera encíclica de un papa se llama *programática*, es una especie de manifiesto básico que el sucesor de Pedro desea dar a la Iglesia durante el período que le es confiada. Y tal como nos indica el título del documento del papa Benedicto, afirma su voluntad de partir de los cimientos del cristianismo: **Dios es amor** (1Jn 4,16), a favor de una humanidad cada vez más dividida por las innumerables opciones que le ofrece la sociedad, a fin de darle unas vías seguras que le conduzcan a Dios.

De hecho, sólo con esta afirmación se puede intentar comprender el misterio de un Dios encarnado y muerto en la cruz, para salvar a sus propios hijos. Sólo en esta luz se pueden aceptar los dictámenes de una fe que nos invita a una continua actitud de acogida, de comprensión y misericordia hacia todos, sin exclusión de los enemigos. Sólo desde la perspectiva de un Amor que es Dios mismo, se puede poner orden en este bazar de “amores” que el hombre se procura para satisfacer la profunda sed de su existencia.

Un problema de lenguaje

“El término *amor* se ha convertido actualmente en una de las palabras más usadas y también abusadas, a la que le damos los más diversos significados”, afirma el papa, proponiéndonos a la vez un interrogante: “¿El amor, en toda la diversidad de sus manifestaciones y en última instancia, es uno sólo, o por el contrario utilizamos la misma palabra para indicar realidades totalmente diferentes?”.

Para responder a esta pregunta el Santo Padre se apoya, como ya su título indica, en la definición de Dios como amor: “El nombre de Dios se relaciona a veces con la venganza o hasta con el odio y la violencia... Por eso en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma y que a la vez nosotros debemos dar a los demás”.

Pero ¿de qué amor se habla?

Del amor en cuanto *caritas*, es decir, del amor en el sentido pleno y más total. Formado por el *eros* (compulsión humana pasional que nos impele a una dimensión superior) y *ágape* (amor “descendente”, entendido como donación de sí mismo, o bien amor oblativo). Dos elementos que un cierto tipo de mentalidad ponía en contraposición, cuando en realidad constituyen una inseparable unidad: “Si se quiere llevar al extremo esta antítesis, la esencia del cristianismo resultaría desarticulada de las fundamentales relaciones vitales de la existencia humana, constituyendo un mundo aparte... En realidad *eros* y *ágape* nunca van separados completamente el uno del otro”, sugiere el Santo Padre.

Purificarnos para amar mejor

No obstante no deja de ponernos en guardia sobre el peligro de fáciles degeneraciones, al cual se ha *aficionado* el mundo de hoy. De hecho, para llegar a la calidad del amor que por su naturaleza promete infinito y eternidad: “Son necesarias purificaciones y maduraciones, a las que se llega por el camino de la renuncia. Esto no significa



menosprecio del eros, pero sí la curación en vistas a su verdadera grandeza”, admite en tono realista el papa. “Hoy, con no poca frecuencia, se reprocha al cristianismo del pasado el haber ido contra la corporeidad; de hecho, tendencias en este sentido siempre se han dado” —explica— “aunque la exaltación del cuerpo que hoy se da, es engañosa. El *eros* degradado a puro “sexo” se convierte en mercancía, una simple “cosa” que se puede comprar o vender, es más, el hombre mismo se convierte en mercancía”. Y más tarde añade: “Sí, el *eros* quiere elevarnos “hasta el éxtasis” hacia lo Divino, conducirnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por esto, se requiere un camino de ascenso, de renuncia, de purificación y de curación.”

La armonía del amor

Se puede decir que el desafío del eros en el hombre está superado cuando cuerpo y alma están en perfecta armonía. “Entonces, el amor se convierte sí, en “éxtasis”, pero no un éxtasis en el sentido de un momento de embriaguez pasajera, sino como éxodo permanente del yo encerrado para ir hacia su liberación por el don de sí, precisamente para salir al encuentro de sí mismo”.

En definitiva *eros* y *ágape* exigen una completa inseparabilidad, es más, se entrelazan en su justo equilibrio, tanto más, cuanto más se realiza la verdadera naturaleza del amor: “El hombre se encuentra verdaderamente a sí mismo, cuando cuerpo y alma se funden en una íntima unidad; el desafío del *eros* puede decirse entonces verdaderamen-

te superado, cuando esta unificación se consigue”, sintetiza el papa Ratzinger.

La primera parte de la encíclica se ocupa como hemos visto, en definir los perfiles del amor para que pueda ser vivido en su más pura esencia. Pero el cristiano se plantea un desafío que nace del mandamiento: *¡ama al prójimo como a ti mismo!* En virtud de esto y de otras innumerables invitaciones con que el Señor nos exhorta a ocuparnos del prójimo, el cristianismo se ha prodigado siempre en “obras de caridad”.

Son numerosísimos los carismas de los diferentes institutos religiosos fundados para la asistencia a los necesitados en el cuerpo y el espíritu: “Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos para ver lo que Dios hace por mí y para ver cómo Él me ama”, continúa en su carta el Sucesor de Pedro. Pero atención, a veces, si la caridad no parte de nuestra relación personal con Dios, no es más que una forma de asistencia social, mientras que el compromiso de caridad debe ir más allá de la simple filantropía.

La Madre Teresa y los santos como ella

Los santos nos dan testimonio: “... pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta –han bebido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre nueva, de sus encuentros con el Señor eucarístico” recuerda el papa, precisando que el amor de Dios y el amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. De hecho la llamada de Dios a amar a los demás, no es un mandamiento externo que nos imponga lo imposible “sino más bien una experiencia del amor que brota del interior, un amor que por su naturaleza, debe ser compartido con los demás. El amor crece a través del amor...”.

La caridad es más que una simple actividad

“Aunque reparta todos mis bienes entre los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve”. Es un versículo del *Himno a la caridad* de S. Pablo, que según el papa Benedicto, debe ser “la *Carta Magna* del servicio eclesial: la acción práctica queda insuficiente si no conlleva un amor que se nutre del encuentro con Cristo. La participación personal en las necesidades y sufrimientos de los demás se convierte así en un mero compartir de sí mismo: para que el don no humille al otro, debo darle no solamente algo de mí, sino darme a mí mismo, debo darme en don como persona.

Este modo justo de servir hace humilde a quien ejerce la caridad

Si seguimos estas indicaciones evitaremos un problema frecuente: la posición de superioridad del que ayuda, frente a aquel a quien estamos ayudando: “Cristo se situó en el último lugar en el mundo –la cruz- y precisamente con esta humildad radical nos redimió y constantemente nos ayuda. El que se siente en condiciones de ayudar, reconoce que ayudando se ayuda él mismo; no es por su propio mérito ni a título de vanagloria el hecho de poder ayudar. Esta tarea es gracia. Cuanto más uno se entrega a los demás, tanto más comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: “Somos siervos inútiles” (Lc 17, 10)... Cuanto más conscientemente y decididamente llevemos a Dios a los demás como don, tanto más eficazmente nuestro amor cambiará el mundo”. *Red.*

Benedicto canta a María

La encíclica termina con María “Madre del Señor y espejo de toda santidad”. A Ella le dedica los últimos párrafos de su carta sobre el amor, a María, que colmó de amor cada acto de su vida y a La que el Amor convirtió en Madre. Pero dejemos que sea el Santo Padre mismo quien nos hable de la Pequeña de Nazaret, con sus palabras llenas de gracia y de tierno amor por Ella:

“En el *Evangelio de Lucas* la encontramos entregada a un servicio de caridad hacia su prima Isabel... “Mi alma magnifica al Señor”. Esta expresión indica el programa de toda su vida: no ponerse nunca Ella misma en el centro, sino **dar todo su espacio a Dios**, a Quién encuentra, tanto en la oración como en el servicio al prójimo.

María es grande, precisamente porque Ella no quiere ser grande, sino sólo Dios. Ella es humilde y no quiere ser otra cosa que la esclava del Señor. Ella sabe que colabora en la salvación del mundo, no a través de hacer su propia voluntad, sino poniéndose a la plena disposición de las iniciativas de Dios.

Es una mujer de esperanza: porque cree en la promesa de Dios y espera la salvación de Israel. Por eso el ángel pudo presentarse ante Ella y llamarla al servicio decisivo de estas promesas.

Es una mujer de fe: “Feliz Tú, porque has creído”, le dice su prima Isabel. Por así decirlo, el *Magnificat* es un retrato de su alma, enteramente tejido por los más delicados filamentos de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Esto nos revela que Ella, con la Palabra de Dios, se encuentra verdaderamente como en su casa, de la cual sale y entra con naturalidad. Ella piensa y habla con la Palabra de Dios, la Palabra de Dios es palabra suya y su palabra nace de la Palabra de Dios. Y esto nos revela además, que sus pensamientos están en sintonía con los pensamientos de Dios y que su voluntad es la de Dios. Estando íntimamente llena de la Palabra de Dios, pudo convertirse en Madre de la Palabra encarnada.

Finalmente, **María es la mujer del amor.** ¿Cómo podría ser de otra manera? Como creyente en la fe que piensa con los pensamientos de Dios, y con su voluntad sometida a la voluntad de Dios, Ella no puede ser más que la mujer que ama. Esto lo podemos intuir por los gestos silenciosos referidos en los evangelios de la infancia de Jesús. Vemos, por ejemplo, con qué delicadeza

en las bodas de Caná, se percata de la necesidad por la que están pasando los esposos y la presenta a Jesús. La vemos también con qué humildad acepta su soledad y retiro de Nazaret durante la vida pública de Jesús, sabiendo que su Hijo debe fundar una nueva familia y que la hora de la Madre llegará sólo en el momento de la cruz, que será a la vez la verdadera hora de Jesús (cfr Jn 2,4; 13,1). Entonces, en la huída de los discípulos, Ella permanecerá bajo la cruz; pero más tarde, en la hora de Pentecostés, serán ellos quienes alrededor de la Madre, esperarán la venida del Espíritu Santo.

María se ha convertido, de hecho, en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, como a su pureza y belleza virginales, se dirigen los hombres de todos los tiempos y del mundo entero, en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y sufrimientos y en sus soledades o vida comunitaria. Siempre experimentan el don de su **bondad**, experimentan **el amor inagotable** que emana de Ella, de lo más profundo de su corazón. Los testimonios de agradecimiento que todos los continentes y todas las culturas le tributan, son el reconocimiento a un **amor puro que no se busca a sí mismo**, sino que simplemente **ama**. La devoción de los fieles revela al mismo tiempo la intuición infalible de que es posible amar así, es

posible gracias a la más íntima unión con Dios, en virtud de la cual la criatura es totalmente invadida por Él. Una condición que permite, a quién ha bebido en la fuente del amor de Dios, **convertirse él mismo en fuente** “de la que brotan ríos de agua viva” (cfr Jn 7,38).

María, la Virgen, la Madre, nos muestra qué es el amor, dónde se origina y de dónde saca su fuerza siempre nueva. A Ella confiamos la Iglesia y su misión en el servicio del amor:



Santa María, Madre de Dios, Tú has dado al mundo la verdadera luz, Jesús, tu Hijo e Hijo de Dios. Te entregaste completamente a la llamada de Dios convirtiéndote así en fuente de bondad que mana de Él. Enséñanos a conocerlo y a amarlo, para que también nosotros podamos ser capaces de amar con verdadero amor, y ser fuente de agua viva en medio de un mundo sediento.

Benedicto XVI

QUÉ PIENSA EL PAPA DE...

EL EMBRIÓN

Tomemos el salmo 138 y observemos cómo la mirada amorosa de Dios se dirige hacia el ser humano, considerado desde sus inicios, pleno y completo. El es aún un ser “informe” en el útero materno. Podríamos decir que es cómo una pequeña realidad oval y redondeada, sobre la que Dios se inclina con una mirada benévola y amorosa

El salmo nos narra el símbolo de la vasija de barro y del alfarero que “forma”, plasma su creación artística, su obra maestra. Realmente poderosa es la idea de que Dios en aquel embrión, aún “informe”, ve ya todo su futuro; en el libro de la vida del Señor están escritos los días que aquella criatura vivirá, y todo cuanto realizará en su existencia terrena. De ahí la grandeza trascendente de que el conocimiento divino, no sólo abarca el pasado y el presente de la humanidad, sino todo el arco del futuro aún desconocido.

La vida, un don para no desperdiciar

¡Cuántas formas de vida nos rodean, cuanta energía vital emerge continuamente del seno del Padre para derramarse sobre la tierra y generar, generar, y generar...! Un movimiento continuo que no se puede detener porque Dios es una fuente de vida abierta eternamente.

La observamos fugaz en una flor, o secular en los árboles, que asisten inmóviles al cambio generacional mientras ellos, firmes, perduran a lo largo del tiempo. Admiramos la vida animal, sorprendente y fascinante en su variedad de formas, entregada al hombre para que él mismo obtenga vida de ella. Pero en estas criaturas la vida comienza, y tras un cierto tiempo, corto o largo, acaba. En el hombre no es así. La vida es un don gratuito, que una vez esbozado, no se extingue más. Tiene fin aquí en la tierra cuando se completa el proceso del cuerpo, que la acoge al principio para que ella misma asuma rasgos y madure en su propia identidad; pero luego continúa mas allá, en esa dimensión escondida en el *misterio* pero transformada, por revelación, en fundamento de nuestra fe.

Sabemos bien cuanto se ha adentrado, como nunca hasta ahora, el hombre en los secretos de la vida a través del constante progreso técnico y científico. También esto es un don a la vida, que así adquiere calidad y duración. **¿Pero, a qué precio? ¿Y quién paga?**

Si somos honestos, sabemos bien la respuesta. **Embriones** que no llegan a nacer porque son "inadecuados" para ser plantados en úteros que no los han generado, son objeto frecuente de experimentos, o mejor, de pruebas y de inevitables fracasos. El mercado y la manipulación son sus destinos.

Vida desaprovechada, como la de los hijos concebidos sin el deseo de acogerlos, y por tanto, cortada de raíz desde su nacimiento para que el "problema" quede eliminado. Astronómicas son las cifras de los **abortos** provocados cada segundo en el

mundo. Un mundo creado para que explote de vida y que, sin embargo, genera muerte continuamente.

Los métodos son cada vez más sofisticados e inmediatos, como la nueva **píldora abortiva** (RU486) de la que tanto se discute. Un fármaco pensado para evitar el trauma de la intervención a la mujer pero que, en definitiva, no hace sino anular su conciencia sobre lo que está por acontecer. Las indicaciones especifican, de hecho, que se da una "expulsión de tejidos embrionarios", pero nadie osa decir nada sobre la vida de esa persona que termina. Una de las tantas mentiras cómodas, detrás de la cual se esconde quién de la mentira es el príncipe, además de acusador por excelencia. El resultado final es que hay unos que se descargan de la responsabilidad mientras que las mujeres asumen todo el peso, preparando así el terreno a inevitables sentimientos de culpabilidad que no dejarán de hacerse sentir.

Pero **este grito de alarma llega justamente de las mujeres**, de esas mismas mujeres que por diversas circunstancias se deshicieron de esa gestación no deseada. Demasiados factores influyen en ese momento, y el demonio sabe bien cómo aprovecharlos; muy a menudo sin una conciencia real de la madre, que se torna a su vez víctima, junto a su hijo. Una madre esto lo sabe, incluso sin "saberlo". En alguna parte de su ser siente ese peso y conserva el recuerdo. Y si abre la puerta a Dios que es vida y luz, puede transformar ese triste evento en ocasión de **redención** para sí misma, para su criatura y para los demás.

Son muchas las **mujeres que dan testimonio** de este hecho, y muchas incluso lo relatan por escrito para sensibilizar a quien corra ese peligro y para dar ánimo a quienes ya lo hayan vivido. Vale la pena mencionar un par de libros que nos han sido recomendados e invitar a buscar otros para buscar la voz de estas madres que en cierto modo, buscando a Dios, han reencontrado a sus hijos e instaurado con ellos una nueva relación, distinta a la que pudiera haber tenido lugar en la tierra, sin duda plena y real. No gozan todavía de su abrazo que, sin duda, un día será eterno.

El primer libro viene de América, recién traducido al italiano, y publicado por Edizioni Segno : **"Una vista migliore"** de Joan Ulicny. Una ex-directora de IBM explica su personal e imprevista conversión, iniciada después de una peregrinación a Medjugorje a donde fue para pedir la gracia de sanar de su ceguera, tras un horrible accidente. Pero ésa no fue la mayor sanación.



Joan, de hecho vuelve a casa con las manos vacías, semiciega como antes, y en lugar de perder la fe por la desilusión de "una gracia no concedida", recobra su fe. Se da cuenta poco a poco de que hay que hacer la voluntad de Dios, la cual no coincide necesariamente, es más, no coincide casi nunca con la nuestra y se

esfuerza en aceptar su ceguera. Al final de un largo y tormentoso recorrido, llega incluso a agradecer a Dios por haberla dejado ciega. Es a partir de ahí que comienza a ver de verdad... Y ahí, dentro de ella le espera una herida que desde hacía tiempo esperaba ser vista y que Joan había archivado: la de un aborto voluntario....

El segundo, **"El Baile de Dos corazones"** de Francesco Moggia (Ed. Il Melograno), es una novela breve destinada principalmente a los jóvenes. Jovencísima es la protagonista Rebecca, de 16 años, que ante una gestación inesperada, se ve ante apuros y problemas hasta la fecha casi desconocidos.

El aborto se perfila como la solución última para salir de una situación no deseada y no querida, pero el encuentro con una joven chica extranjera, poco a poco lanzará a Rebecca a una decisión más allá de sus proyectos y de su vida misma. A través de la dinámica interior y de las emociones de la protagonista, se capta un camino de crecimiento y de concienciación basado más en el corazón que en la razón, donde el Amor tiene la última palabra.

S.C.

EL CAMINO QUE LLEVA AL CIELO

Uno solo es el camino que el Señor ha recorrido para redimirnos, uno es el camino que El ha indicado para llegar a la salvación, no existen otros. El cristiano es aquel que sabe reconocer este sendero estrecho y sabe dar la respuesta que el mundo anda buscando, no entendiendo el significado del sufrimiento, escandalizándose delante de cada cruz.

"Queridos hijos, de la cruz provienen grandes gracias"

Si alguna vez hemos conseguido abrazar, por amor a Dios, la pequeña cruz que la vida nos imponía, habremos experimentado que estos son los momentos más fecundos de la vida espiritual, momentos de paso hacia una luz nueva, momentos en los que podemos experimentar que es Cristo mismo que sufre con nosotros, en nosotros.



A pesar de ello, siempre ante un nuevo sufrimiento no esperado, advertimos en nosotros una fuerte resistencia, una rebelión difícil de controlar. A veces nuestra voluntad consigue ser más fuerte, sin embargo el cristianismo no debe ser confundido con una especie de estoicismo, o sea con un estado de imperturbabilidad frente al dolor. Si en esta tierra debemos encontrar siempre sufrimiento, el Señor nos promete alegría plena y plenitud de vida; si la sensibilidad que se despierta en nosotros nos abre a compartir su dolor continuado en cada uno de sus miembros, ¿Estamos llamados, a pesar de ello, a ser testimonios de una proclamación auténtica y encantadora?

¿Cómo conciliar todo esto?

Experimento que la puerta se halla justamente en la contemplación profunda y constante de la pasión del Señor. Sí, quien se abre

a contemplar la locura de Amor que ha llevado a Dios eterno e infinito a inmolarse como el último de los hombres, estará interiormente preparado para sobrellevar cualquier contradicción. Esta alma se sentirá llamada a dejarse atraer por ese amor loco, incontrolado e incontrolable de Dios, de quien recibió la vida, la redención y todos los bienes.

El "contemplar" no se limita sólo a una reflexión humana, sino que significa conocer con el corazón, sentir desde dentro, unirse a los sentimientos divinos, dejando que todo nuestro ser se vea envuelto en una relación viva con el Cristo sufriente. Él fue el primero que recorrió ese camino libremente. Por amor nos pide libremente que le sigamos, y seguirle, decidimos por Él, no significa atraer sobre sí mismo multitud de sufrimientos, sino vivir en unión con Él todo por lo que pasaremos. La actividad de nuestra alma será siempre exclusivamente la de unir a Jesús todo lo que vivamos. ¡Sólo entonces podremos descubrir que el Amor conduce al sacrificio y el sacrificio a la libertad!

El don del Krizevac

Reflexionando sobre todo esto, podemos comprender mejor el hecho de que María aquí en Medjugorje ha querido ofrecernos el don del Krizevac: un *Via Crucis* que conduce a la cima más alta de la cordillera que circunvala Medjugorje, cima de gracias muy especiales y que los peregrinos no dejan nunca de recorrer.

Qué gran don el poder meditar el *Via Crucis* escalando un monte empinado, ¡realmente, cada paso realizado con esfuerzo siguiendo a Jesús en su dolor es un paso que nos acerca al cielo! ¡El Señor nos atrae hacia Él, nos llama a subir a lo alto! Siguiéndole a Él y siguiéndole en el camino del amor sacrificado, del amor que se entrega por entero para la salvación del mundo, llegaremos cerca del cielo, a un lugar desconocido... Desde allí nuestra vista se abre al horizonte y podemos ver con una mirada nueva el camino recorrido, intuyendo cuán cerca estuvo de nosotros en todo momento. Veremos cuánto nos ha amado para conducirnos a recorrer esos pasos en subida. Desde allí podremos comprender finalmente el valor salvador de cada sufrimiento ofrecido, *superado* en unión a Cristo.

Nos espera de nuevo otra cruz, pero esta vez no nos dejará atemorizados ni despavoridos; sabremos reconocer en esa cruz la puerta que conduce hacia la nueva dimensión del hombre transfigurado por el amor, la cruz signo de amor extremo, la cruz fuente de vida y de resurrección, la cruz puesta sobre la cima del monte santo para ser bendición de todo el horizonte que se llega a vislumbrar, para ser protección y signo de pertenencia a Dios del pueblo redimido. Y unidos a esta cruz podemos ser de verdad bendición viviente para todo lo que tocamos y oímos.

¡Qué gracia más grande ser parte de esa cruz! No, no deseemos, pues, que se nos quite, ni siquiera la pequeña cruz cotidiana, ya que ella misma realiza y sella nuestra unión verdadera e íntima con Dios.

Francesco Cavagna

Jesús abraza a las multitudes y a cada uno, y los entrega al Padre, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio de expiación.

Benedicto XVI



Jelena, estás desde hace algún tiempo ausente de las páginas del Eco. ¿Qué caracteriza hoy tu vida, quien eres tú hoy en día?

Estamos esperando nuestro

tercer hijo, pero el embarazo no va según nuestras previsiones y se me ha pedido hacer reposo absoluto. Pero es un periodo en el que, mientras experimento todos los límites del cuerpo, veo que, en estas condiciones de inmovilidad, el espíritu se puede engrandecer siempre más. Vivo pues este momento también, como de gracia, porque el amor tiene dos lados: uno, que es la alegría y el impulso de dar, y el otro, que es la cruz que conlleva esta donación. Pero cuando la cruz es vivida, la alegría es aún más profunda. De esta manera todo acaba arreglándose. ¡Parece que la vida tenga que ir siempre bien para ser verdadera, tal como la imaginamos!

Comprendo cada vez más, en cambio, que el sufrimiento es la verdadera vida. Puedo decir, pues, que en este momento estoy viviendo esta "verdadera vida".

¿Quieres decir que la cruz es una especie de morada estable?

La cruz es inevitable, pero cuando es vivida como un elemento constituyente del amor, entonces no sólo adquiere mucho sentido sino que se torna más soportable, diría casi inexistente; por lo menos la carga negativa que habitualmente advertimos se atenúa considerablemente.

Mi sufrimiento actual no comporta grandes dolores; más que nada experimento la incapacidad de "producir" según la mentalidad de la sociedad moderna, para la que *ser* equivale a *hacer*. Nadie te pregunta quién eres... ¡Tú me has preguntado quién eres! La maternidad más que *hacer* es *ser*, y, en este momento, yo vivo este modo de *ser*. María nos ofrece su ejemplo. En toda su vida ella estuvo sobre todo en oración, en escucha, a disposición de Cristo y, si bien obraba con Él, la obra que quedaba era la de su Hijo. El sufrimiento nos pone en esta verdadera visión de la vida, en la cual realmente somos dependientes de Él, donde Él es quien obra y dispone.

¿Cuál es entonces la actitud correcta ante el sufrimiento?

Existen tres posibles actitudes. La primera es cuando la persona, sintiéndose aplastada por el sufrimiento, trata de resistir y luchar. En este caso la persona se vuelve agresiva, diría que insostenible para el entorno, porque trata a toda costa de controlar su vida.

La otra opción es la de sentirse completamente aplastados y volverse pasivos. Sucede entonces que se pierde cualquier sentido de cooperación y se cae en depresión.

La tercera opción, en cambio, la veo como una especie de "baile", donde la persona debe necesariamente colaborar. En este

Entrevista a Jelena

La Virgen nos ha dicho la verdad

baile te sientes llevado por la energía de Dios: no eres tú la fuente de energía porque es Él quien te guía, pero en cambio no eres pasivo, no eres una marioneta que Dios arrastra a la fuerza, sino que se da una interacción. Creo que el sufrimiento debe ser vivido así, como un intercambio de baile con el Espíritu Santo: Él te inspira, te muestra los pasos, pero tú siguiéndolos expresas un acto de voluntad. Vemos así que el sufrimiento no debe nunca ser vivido como una destrucción, o una derrota. No debemos ni resignarnos ni imponer a toda costa a la vida una voluntad nuestra, porque estaríamos luchando contra Dios mismo.

En muchos mensajes María hace referencia al sufrimiento vivido como ofrenda a Dios. Pero el hombre tiene miedo del sufrimiento. En una sociedad que nos enseña a evitarlo, o a anestesiarlo, las palabras de María son como un "antídoto", como una medicina. ¿Puedes asociar lo que acabas de decirnos con lo que Ella nos ha enseñado en este tiempo?

Hace poco he leído un libro de Benedicto XVI: *María iglesia naciente*. Todavía tengo muy presentes algunas reflexiones que utilizaré para expresar lo que quiero decir. Tengo la impresión de que deberíamos darnos cuenta de que, sin María, la Iglesia no es más que una simple organización de personas, de pueblos que intentan hacer funcionar un proyecto. María nos da a entender lo que la Iglesia es en verdad: la Iglesia-esposa, la Iglesia que escucha, la Iglesia que de algún modo se "somete", aunque este término hoy en día no guste mucho. En definitiva, una Iglesia consciente de ser novia de Cristo, no una Iglesia autónoma que se dedique a "sus asuntos". Por esto María en Medjugorje nos pide sobretodo aprender del Esposo, dejarnos conducir por Él, al igual que ella lo hizo.

En esta perspectiva María pasa a ser figura central en la vida de la Iglesia.

Sí, y sin María corremos riesgos, porque nuestra espiritualidad de algún modo se reduce casi a un activismo. Sólo ella nos puede enseñar a rezar. Nos encontramos hoy día en un momento de crisis para la oración, está en crisis la escucha interior de Dios. Y por tanto es justo que Ella nos lo venga de nuevo a enseñar. ¡Sin María no podemos ser lo que debemos *ser*! Entonces, más que hacer prácticas (de oración), por muy necesarias que éstas sean, tal vez debamos aprender algo del *ser* de María. Ella es un signo de cómo cada uno de nosotros debe *ser* ante Dios. Pienso que sufrimos una gran injusticia cuando se nos quita a María. Tenemos necesidad de ella.

Muchas personas justifican con la falta de tiempo y de espacio en su jornada la imposibilidad de rezar. María viene a pedirnos, según lo que afirmas, que seamos "contemplativos" en el mundo. ¿Cómo se consigue eso?

Una vez más hago referencia al libro del Papa, donde se habla de la dimensión de la maternidad sin la cual el mundo no puede avanzar. El problema es que la función de la

maternidad esta casi completamente desfigurada en el mundo, porque las responsabilidades que siempre fueron de la madre, ahora ya no lo son. Esto se da porque hay una visión machista de la sociedad que induce a creer que si la mujer no "produce", no tiene valor. Pero nadie piensa que algunos aspectos de la feminidad son fundamentales para el crecimiento colectivo, como dice el Santo Padre en el libro: hay cosas que deben solamente crecer y hay alguien que debe velar por ese crecimiento.

Entonces la función de la mujer en la Iglesia es fundamental como capacidad de hacer crecer las cosas, además de generarlas.

No creo que las mujeres deban asumir las funciones de los hombres, tal vez sean los hombres que deban aprender lo que es la mujer, porque ante Dios el alma es casi femenina. No entro en discursos filosóficos, porque no sería capaz de ello, pero veo que el alma ante Dios es receptiva y disponible, o sea acogedora. La mujer, por tanto, no debe echarse atrás o sentirse inútil en la sociedad, sino que debe ser profundamente ella misma y solo así podrá salvar al mundo.

Lo afirma Benedicto XVI en su libro: si convertimos todo en activismo, las cosas que deben sólo crecer, como por ejemplo una vida en el seno, o una flor, ya no podrían existir, porque son asfixiadas por el hacer. Si no hay maternidad, si no está María, no hay oración. Y si no hay oración se pierde el tiempo. Por esto, para muchos la maternidad no es atractiva, porque nos parece una pérdida de tiempo pararse a dialogar con el hijo.

¿Tiene entonces la Iglesia necesidad de personas dispuestas "a perder tiempo"?

Quien tiene prisa no puede tener una vida espiritual fecunda. Al igual que una madre, si vive "deprisa" la relación con los hijos, no puede vivir su maternidad. Nuestros hijos tienen mucha más necesidad de la unión de los padres que del pan. Nosotros hoy nos preocupamos de casas, de cosas, y éste es un aspecto muy loable de la vida; pero hay toda una vida interior que queda prácticamente ignorada.

Este mundo me parece como una película muda: acontecen eventos que vemos, pero no divisamos el verdadero sentido de las cosas porque no escuchamos la voz de Dios en nosotros. Vivimos mal la vida porque no nos damos cuenta de que las relaciones humanas, al ser espejo de las relaciones con Dios, es lo más importante en esta tierra.

¿Por qué, según tú, se crean conflictos en las relaciones?

Porque cultivamos proyectos nuestros, que a veces, son también obsesiones. Porque debemos llegar a un objetivo a la fuerza, sin escuchar ni al Espíritu Santo ni a los demás. Debemos ser en realidad una armonía con Dios y con nuestros hermanos que nos rodean: ¡no puede ser todo como nosotros queremos! Yo diría entonces que deberíamos preferir al prójimo antes que a nosotros mismos. Sé que es tarea difícil, pero cuando tratamos así a los demás, los demás harán lo mismo con nosotros. Por tanto casi nos "conviene". Nosotros estamos excesivamente preocupados por nuestros bienes, por nuestros derechos, pero sólo el bien conquista el corazón de los demás. Y en la medida en que seamos sus aliados, tanto más crecerá este bien también dentro de nosotros.

María nos ha preparado en estos años y desea que hoy sus hijos estén preparados. La rutina hace que se pueda debilitar ese fervor inicial. ¿Qué dirías a quien ha "respondido a su llamada"?

Yo diría que seguramente la oración debe ensanchar el corazón, ese corazón que a menudo tiende a cerrarse. Falta el amor, falta el vino, como en Caná. Poco a poco, nos cansamos en el camino. Debemos fiarnos de la Virgen que nos ha dicho la verdad y no debemos dudar, o sea, no debemos perder la fe.

A menudo veo que las personas se sienten aisladas, como si decidirse por Dios signifique apartarse. En cambio quien se decide por Dios entra en el corazón del mundo. El mundo desea a Dios, pero es como un hijo inmaduro que no es capaz de oír la voz de su padre.

Desde hace ya muchos años vives en

Roma. ¿Cómo es tu relación hoy con Medjugorje?

Para mí Medjugorje no es un lugar sino un estado. Antes hablaba de una película muda, en cambio Medjugorje me parece una película con un sonido muy profundo, donde hay una gran conciencia sobre la vida y donde uno se da cuenta del destino. Aquí veo que no existe conciencia, no sabemos a dónde vamos. Caminamos sin saber a dónde. Medjugorje encarna esta conciencia de tener a Dios entre nosotros, donde es normal sentir que Dios está de verdad con nosotros, en cualquier dimensión humana, hasta la más simple, a pesar de todas las limitaciones que allí existen. He notado que en Medjugorje el amor queda para siempre, aunque las personas no siempre hablan bien unas de otras, en el fondo hay ese amor que es compromiso. ¡En cambio aquí me parece que hay siempre una falta total de compromiso en todo!

¿Cuál es tu misión?

No la veo como una profesión, seguro que no. Tampoco una actividad que pueda desempeñar. Probablemente, ante todo, vivir verdaderamente la encarnación en cada aspecto de mi vida y ser en cierto modo como un puente. No quisiera que parezca demasiado vanidoso, pero últimamente pienso que cada uno de nosotros debiera ser como María, porque ella en sí misma refleja la obra de Dios, para que el mundo pueda creer en esta Presencia. Quisiera, en pocas palabras, tratar de actualizar la vida cristiana. Y por tanto llevar una vida ordinaria pero al mismo tiempo también extraordinaria, es decir, tomar esas decisiones que parecen escandalosas para el mundo de hoy.

¿Me dices unas palabras para la Iglesia de hoy?

Vivo muy intensamente el sentido de la universalidad de la Iglesia; pienso que tenemos una gran familia y no podemos encerrarnos en nuestra pequeña familia. Aun siendo madre de varios hijos, veo que ellos tienen mi mismo destino, el de participar de esta gran familia. Luego la palabra que me pides es: ¡Amor! (entrevistada por S.C.)

El retorno al Padre de don Divo Barsotti



Hace años accedió a mi petición para una entrevista, para que estuviera presente en primera persona en nuestras páginas de Eco.

Pero más tarde el respeto a una enfermedad que le invadía en su edad anciana me hizo postergarla. Me quedo con la pena de no haberlo hecho, y con el consuelo de sentirle más cerca, ahora que, liberado de su cuerpo, puede comunicarse a través del Espíritu: "Es un hecho bastante relativo que la pared del cuerpo nos impida vivir juntos. La unión con Él no se basa en la experiencia sensible, sino en el Cristo que nos ha unido a Él y ha querido que seamos un solo Cuerpo con Él" escribió antes de enfermar.

Don Divo Barsotti subió al cielo el 15 de febrero en su Casa de San Sergio, la pequeña ermita que acoge en Settignano (sobre las colinas de Florencia) a la Comunidad de los Hijos de Dios, fundada

por él en 1948. "Fue sacerdote, místico, escritor, teólogo, predicador, consejero y padre espiritual, fundador de una Comunidad, hoy día formada por más de dos mil miembros y difundida internacionalmente. Él solo quiso siempre una cosa: buscar a Dios", nos ha recordado el cardinal Antonelli durante el funeral. "Él solía decir que la muerte no existe, y si existe, es sólo como una medicina para abrir definitivamente nuestro yo al amor infinito de Dios. Cuanto más anciano se hacía, más vivo se sentía. La alegría y la paz que irradiaba de modo creciente en torno a sí, han testimoniado espléndidamente que para él, la muerte era el cumplimiento de la vida."

Pero el mayor recuerdo permanece en sus hijos que le han acompañado en estos últimos años, que tomaron de él sus enseñanzas, los escritos (más de 500 fueron los volúmenes que publicó), los recuerdos y sobre todo el amor paterno que nunca escatimó con ellos: "Tened confianza. La muerte no me da miedo... Yo os dejo sólo aparentemente. En realidad estaré con vosotros más que antes", escribió en su último men-

saje a ellos, dictado pocos meses antes de morir, a su sucesor don Serafino Tognetti. "No abandonaré a nadie, - seguía diciendolos recomiendo permanecer unidos; no dudéis, no os disperséis, no os desaniméis".

Son en realidad palabras "que llegan", que cada uno puede hacer suyas porque transmiten la prontitud del pastor que sabe como proteger a su rebaño y garantizar a éste pastos verdes y frescos. Son también palabras que llevan el sello de un hombre que "conoce el camino que lleva a casa" y que toda su vida buscó la unión total con Dios: "vivo una continua ansia, un deseo siempre mayor de alcanzar a Dios".

Le encomendamos a María a la que, con solo 20 años, don Divo pronunció su acto de ofrecimiento: "Quiero que toda mi vida sea sólo un acto de amor a ti, oh mi dulce Reina, y para darte mejor una prueba de mi amor por ti, yo desde ahora mismo me ofrezco a ti por entero junto a todas mis cosas, y me ofrezco a Dios como víctima de holocausto suplicándole que me consuma siempre mas en tu amor".

Redacion

¿Por qué teméis?

¡Éste es un tiempo de gracia!

de Giuseppe Ferraro

Podría sonar así hoy día la voz de Cristo. Esa misma voz que en diversas situaciones, en el evangelio, ha repetido: *¡No temáis!* (Mt 28,11); *¡Animo, soy yo, no temáis!* (Mc 6,50). *¡No temas, rebañito mío!* (Lc 12,32); *¡No temas, ten solo fe!* (Mc 5,36).

Era el tiempo en el que el Mesías se presentaba a los hombres, y estos aprendían poco a poco a conocerlo en la novedad que Él traía. Pero nosotros, cristianos de hoy día, le conocemos ya desde hace siglos. Y muchas son las experiencias personales, y de otros, que testimonian esta verdad: **¡Si está Jesús, no debemos temer!**

Entonces, ¿por qué permitimos al miedo, en sus distintas formas, que invada con prepotencia nuestro interior? ¿Por qué aunamos tantos temores que nos atan y nos quitan la paz? ¿Por qué, sobre todo, permitimos a quien desea controlarnos, que nos someta por nuestros miedos? Si el hombre ha sido creado para ser libre, ¿debemos saber que el miedo es uno de los ladrones más astutos de nuestra libertad!

Dónde y porqué nacen los miedos, no es tarea mía decirlo. Seguramente existen muchos libros que hablan de ello. Diversas son las causas y múltiples los factores causantes de que éstos aniden en nosotros. Sería útil saber más acerca de ello. Pero en nuestro caso lo importante es comprender los mecanismos interiores que impiden al alma respirar tranquilamente para crecer *en sabiduría y en gracia* (cfr. Lc. 2,40), según los pasos previstos por el Espíritu de Dios.

A veces sucede que alguien desea controlarnos de modo estricto y, para satisfacer su ansia de poder, nos hace vulnerables despertando nuestros miedos. Si lo consigue, significa que éstos están enraizados en los puntos donde estamos más expuestos.

¿De quién es la culpa? Seguramente quien se aprovecha de nuestra fragilidad actúa en mala fe, pero juzgarle no es nuestra tarea. Pero nosotros somos en parte responsables, porque si el miedo comienza a manifestarse, significa que **hay algo en nosotros que no deseamos perder**.

¡He aquí la clave! La clave que ataca directamente la caja fuerte de nuestros intereses y de nuestras propiedades, por muy legítimas que éstas sean. Debemos entonces afrontar el miedo a perder el trabajo, la casa, la mujer, los derechos, las razones, la salud. Por no hablar de nuestra propia vida. Cosas, dejémoslo claro, más que santas. ¿Pero qué hacemos con las tranquilizadoras palabras de Jesús? ¿Creemos verdaderamente en ellas, o bien las abandonamos entre los bancos de la Misa dominical?

Debemos darnos cuenta de que en este inicio de siglo se percibe en el aire un sutil y sórdido deseo de **control de toda la humanidad** por parte de fuerzas más o menos manifiestas, que solo hacen que alimentar el clima de inestabilidad y miedo. Basta con escuchar los tonos alarmistas usados en los informativos televisivos. Nadie nos dice: *¡No temáis!* Más bien, por amor a

un espíritu sensacionalista se busca fomentar en nosotros inseguridad, desconfianza y desaliento hacia un mundo donde “nos puede ocurrir de todo”. El resultado es que seguimos viviendo nuestro día a día, mirando hacia el otro lado.

“¿Hombre, quién te ha robado la esperanza?”, he oído decir recientemente en una conferencia. Es adecuado preguntárselo. Pero sobre todo a nosotros cristianos. Los que de una manera u otra se han decidido por el evangelio de la esperanza (cfr. 1Pt 3, 15). Y han creído en él.

Nosotros no resolveremos nada si esperamos que este sistema cada día más *global*, cambie. Si sigue basándose en estos criterios sólo podrá empeorar. Pero podemos iniciar desde nosotros mismos, ofreciéndonos a las manos del Señor para que nos use como *levadura* (cfr. Mt 13,33); una levadura escondida que haga crecer la masa hasta romper las rígidas paredes del contenedor: el de las convenciones, de las estructuras, del árido institucionalismo interesado en anclarnos en el miedo.

¿Cuál es pues el primer paso que dar? *¡Comencemos a desnudarnos de nuestros intereses!* De la voluntad de quedarnos algo para nosotros, o de querer gestionar solos nuestra vida, nuestras cosas, nuestros afectos. Si de verdad nos fiáramos de Dios, le dejaríamos el gobierno de todo. Si hay algo previsto para nuestro bien, Él lo defenderá. Si en cambio ya no nos sirve, lo eliminará para darnos algo mejor. Veremos entonces como poco a poco nuestros temores ya no tendrán razón de existir. Hasta que se harán humo. Porque en realidad de humo están hechos.

Si nos abandonamos a Dios ya no deberemos luchar para salvaguardar nuestros bienes, sino que viviremos libres y tranquilos; y a partir de ahí empezaremos a ser nosotros mismos, abandonando esa máscara de *duro* que protege su tesoro, o la del *perro apaleado* que se hace víctima de la injusticia. Es preferible, de hecho, soportar las iniquidades que vienen de fuera, quedando libres por dentro, antes que libres por fuera pero atenazados por dentro por el terror.

El verdadero antídoto contra el miedo es por tanto la pobreza de espíritu. El sano distanciamiento que nos hace ver de modo real la fugacidad de la vida y nos ayuda a fijar la mirada hacia la eternidad que nos espera. Se abrirán amplios horizontes en los que podremos entrever atractivas novedades. Las que no podían nacer, porque el sitio lo ocupaba lo “viejo”, al cual no queríamos renunciar.

¿Por qué teméis, cristianos del tercer milenio? *¡Poseéis las llaves de la ciencia, los secretos de la técnica, milenios de historia a vuestras espaldas y hacéis de vuestra vida una envoltura de miedos!* Uniéndonos a Jesús, que vino a liberarnos, transformemos nuestra existencia en una “custodia de esperanza”, como decía don Tonino Bello. Los demás hombres no tardaran en darse cuenta. Y querrán saber el por qué.

Stefania Consoli

La plenitud de la vida de Dios, a través de la profundidad insondable del misterio de la Encarnación, entró en el tiempo. Desde ese momento, comenzó en el interior de la historia del mundo un proceso de recapitulación de la creación entera en la carne glorificada del Resucitado que culminará con la “entrega del Reino a Dios Padre, después de haber reducido a nada todos los principados y potestades” (1 Cor 15, 24). Por esto, la obra de la salvación deberá cumplirse necesariamente en el tiempo de la historia de los hombres. El tiempo, de hecho, representa una dimensión esencial en la que se expresa la acción salvífica de la gracia. Ya en el antiguo Libro del Eclesiastés se lee que “todo tiene su tiempo...” (Ec 3, 1) y nosotros sabemos que, cuando “llegó la plenitud del tiempo”, Dios “envió a su Hijo, nacido de mujer... para que recibiésemos la filiación divina” (Gál 4, 4).

La Reina de la Paz en sus mensajes insiste reiteradamente en el carácter especial del tiempo que vivimos, señalado de modo extraordinario por la gracia de Su presencia en el mundo. *“Este tiempo es tiempo de gracia y deseo que la gracia sea grande para vosotros”* (Mens. 25.06.1989), *“Dios me concede este tiempo como un don para vosotros”* (Mens. 25.08.1997).

Éste es un tiempo lleno de gracias especiales, en el que Dios confía a María una misión determinante para el futuro de la humanidad, llamando a sus hijos a un paso nuevo y decisivo: *“deseo que también todos vosotros estéis activos en este tiempo que, a través de mí, está ligado al Cielo de modo especial”* (Mens. 25.05.1996). Una época en la que ya resplandece la luz de los nuevos cielos y la tierra nueva y que descubre admirables horizontes de la realeza de Cristo sobre los corazones y sobre la creación entera: *“Es necesario que Él reine... para que Dios sea todo en todos”* (1 Cor 15,25.28): *“Queridos hijos, Dios me concede este tiempo como un don para vosotros, para que pueda instruirlos y conducirlos por el camino de la salvación”* (Mens. 25.08.1997). *“Aumentad vuestra oración porque la necesitáis especialmente en estos últimos tiempos”* (1.08.1990).

Pero, ¿cuál es pues la gracia, absolutamente extraordinaria, que Dios ofrece a sus hijos en este tiempo? Ésta reside en la posibilidad de convertirnos con María en canales de la vida y del amor de Dios para el universo entero. Una posibilidad que se ofrece a quien da una libre respuesta de amor a su llamada de Madre. Por esto Dios Creador, por medio de Ella, está llamando a ejércitos de hijos a dejarse transformar interiormente por la acción del Espíritu Santo, hasta que sus vidas y sus corazones se fundan con el Corazón Inmaculado de la Madre para unirlos, a través de Ella, al corazón encendido del Cordero Inmolado. Él es el único que puede, mediante su ofrecimiento de realeza, romper definitivamente los sellos de muerte que todavía cierran multitud de almas al don de la vida divina y rescatar “para Dios... con su sangre... hombres de todas las tribus, lenguas, pueblos y naciones” (Ap 5,9), para que “todo le sea sometido” y “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15,

Los lectores escriben...

28): "Éste es un tiempo especial; por esto estoy con vosotros, para acercaros a mi Corazón y al Corazón de mi Hijo Jesús. Queridos hijos, deseo que seáis hijos de la luz y no de las tinieblas. Por esto, vivid lo que os digo" (ibídem).

El cumplimiento de todo esto, por disposición divina, pasa a través del "triunfo del Corazón Inmaculado de María", ya anunciado en Fátima, y por la instauración de su realeza divina sobre el universo: "Queridos hijos, ayudad a mi Corazón Inmaculado para que triunfe en un mundo de pecado" (Mens. 25.09.1991). María, de hecho, en este tiempo especial – "este tiempo es mi tiempo" (Mens. 25.01.1997) – llama a sus "queridos hijos", elegidos desde la eternidad para ser "compañeros de los santos y familiares de Dios ... morada de Dios por medio del Espíritu" (Ef 2, 19), al fundamental servicio sacerdotal, profético y de realeza para acompañar a la creación entera a ese mismo paso pascual que el Hijo realizó una vez para siempre en la "hora" escrita en el corazón del Padre y que debe ahora necesariamente implicar a todo el universo: "Queridos hijos, quiero que comprendáis que Dios ha elegido a cada uno de vosotros en su plan de salvación para la humanidad. Vosotros no podéis comprender lo importante que es vuestra persona en el plan de Dios" (Mens. 25.01.1987).

Sólo desde este inefable horizonte de gracia se puede comprender el verdadero significado también de esa parte del mensaje de la Reina de la Paz de tonalidad apocalíptica más intensa, en la que Ella anuncia el **advenimiento de los secretos** referentes a acontecimientos decisivos para el futuro del mundo y del gran signo visible que se dejará en Medjugorje cuando acaben las apariciones: "Éste, antes del signo visible, es un tiempo de gracia para los creyentes. ¡Por esto, convertíos y profundizad en vuestra fe! Cuando llegue el signo visible, para muchos ya será demasiado tarde." (Mens. 23.12.1982); "Aquí hay diez secretos, hijitos míos. No sabéis de qué tratan, pero cuando lo sepáis será ya tarde! ¡Volved a la oración! No hay nada más importante que la oración. Me gustaría que el Señor me permitiese aclararos al menos una parte de los secretos, pero son ya muchas las gracias que os ofrece."

La gracia extraordinaria de la presencia de la Madre de Dios se inserta pues en un plan de salvación más amplio destinado a implicar a todas a las almas y, misteriosamente relacionada con él, a la creación entera que "gime y sufre como en los dolores de parto" (Rom 8, 22). Será de hecho a través de la respuesta libre de amor de esos hijos que Ella, de muchos modos, está llamando en este tiempo, que el fuego del Amor trinitario podrá difundirse en todos los lugares espirituales del universo, alcanzando y consumando cada sombra de muerte y de pecado, para que de la misma *noche oscura* del sufrimiento, del dolor y de la muerte germine la luz pascual de los nuevos cielos y de la tierra nueva que irradia irresistiblemente la gloria del Resucitado.

¡Bienaventurados los que hayan aco- gido en plenitud el don nupcial de la llamada que el Padre dirige a sus hijos en el tiempo de la gracia!

A éstos se les evitará las asperezas del tiempo de la purificación, el inevitable "Via Crucis" del mundo, un paso necesario para que el universo entero pueda ser plenamente transfigurado por el Amor puro del Altísimo.*

Don Stefano Maria, Bolonia (I): ¡Alabado sea Jesucristo! Soy un monje benedictino y me llamo Stefano Maria. Al tiempo que solicito la recopilación de los 100 primeros números del Eco, me gustaría aprovechar para testimoniar que la lectura de este santo boletín ha tenido un papel no pequeño en mi respuesta a la vocación. ¡Que Dios bendiga todos vuestros esfuerzos y vuestra dedicación!

P. Felipe Quineche, Peru: Quiero saludarlos afectuosamente en el Nombre de Cristo Jesús y de María nuestra madre. Con inmensa alegría les comunico que fui ordenado sacerdote diocesano el 25 de Julio del presente año. He venido recibiendo el Eco de Maria durante muchos años, y ha sido una bendición para mi vida y para la vida de muchas personas. Sigo trabajando, como sacerdote en la difusión de tan precioso periódico. Estoy trabajando ahora en una zona de misión en la diócesis del Callao, en una ciudad llamada Pachacutec, zona de misión de extrema pobreza, abundante proliferación de sectas, y donde recién se implanta la iglesia. Creo ue esta revista va ayudar muchísimo a esta gente que tanto lo necesita. Mis bendiciones.

G. Chalina, Grecia: Gracias por el trabajo que lleváis a cabo y por estas gotas de espiritualidad con las que saciáis tantas almas. Que el niño Jesús y la Virgen María os acompañen siempre en vuestro trabajo y os den ánimo, entusiasmo, fuerza y salud para continuar vuestra misión. ¡Un abrazo de paz ante la cuna de Jesús!

Tilly Vissers, Nueva Zelanda: mil gracias por el bellísimo periódico de la Virgen. Es una gran ayuda para el viaje hacia el cielo. Las lecturas, tan especiales, son una gran gracia para nosotros. De corazón os animamos a continuar y a vivir los mensajes de nuestra bellísima madre que con paciencia nos trae a su Hijo. Gracias por vuestro trabajo. Espero poder recibir vuestro Eco durante mucho tiempo.

Moses Ekene, Nigeria: Quiero daros las gracias por el envío de vuestro periódico. Me considero como Mateo, el cobrador de impuestos del Evangelio que no es digno, y sin embargo, aún recibo el Eco de María. El Eco es como oxígeno para el alma; llega me recuerda la necesidad de permanecer en el buen camino cada vez que intento desviarme.

Nelida Manetti, Buenos Aires – Argentina: Quiero agradecerles en mi nombre y el de mi familia por estos años recibir su hermosa publicación. Aún estando tan lejos nos sentimos cerca de los milagros en Medjugorje. Ya es un milagro que una publicación tan sencilla y tan pequeña se convierta en un gran mensaje de ESPERANZA, tan necesaria en nuestros días. Gracias y Dios los Bendiga!

Si se va a la página www.ecodimaria.net es posible inscribirse a la Mailing List para recibir noticias y ser informados sobre las próximas ediciones. Además, siempre en la misma página, tenéis la opción de ayudarnos a ahorrar gastos de envío, descargando vosotros mismos la edición de ECO pdf renunciando a recibir la edición por carta. *Gracias.*

El humilde de corazón

"Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt 11, 29).

Con su nacimiento en un establo, con su venida terrena y con su muerte en la cruz, Jesús nos ha mostrado abiertamente que es el Humilde de corazón.

Jesús es el Humilde de corazón, que se viste como los hombres y le podemos reconocer, si nos fijamos con atención, en las personas que encontramos cada día, en los mendigos, en las personas solas, en cualquier hombre, rico o pobre.

Jesús es el Humilde de corazón que ofrece continuamente y, sobre todo, se ofrece a nosotros y se hace pequeño con nosotros, para que lo acojamos como hermano y amigo. No ofrece nunca para aplastar o mortificar, para ejercitar su supremacía o para demostrar que es más fuerte, sino para elevarnos, para atraernos a Él, para crear comunión. No podemos vivir una vida celestial si no somos humildes como lo fue Jesús.

Jesús, el Humilde de corazón, nos haga pues humildes y nos haga entender que cuando buscamos quedar bien, jactancia, y alabanza humana, nos empobrecemos porque no le damos a Dios lo que se le debe.

Jesús, el que dice "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón", nos haga entender que somos estúpidos cuando buscamos gloria para nosotros y no para Dios; nos haga entender que el orgulloso no construye nada, sino que destruye todo, incluso a sí mismo; nos ayude a descubrir que lo importante no es lo que decimos o hacemos, sino lo que somos; nos haga ser siempre más semejantes a Él que es el Humilde, y nos haga descubrir el tesoro, por el que vale la pena sacrificarlo todo.

Pietro Squassabia

El Eco de María es gratuito y vive sólo de **donativos** que pueden hacerse por **CORREO**: en este número de cuenta: 141 242 226 a nombre de Eco de María Cas. Post. 27 – 31030 BESSICA (TV) o por **VÍA BANCARIA**:

Associazione Eco di Maria
Banco de Valencia
(Gruppo BANCAJA)
IBAN: ES59 0093 0999 1100 0010 2657

Para **nuevas suscripciones** o para **modificaciones** en la dirección escribir a la Secretaría del Eco
CP 27 31030 BESSICA (TV)
E- mail: info@ecodimaria.net

Eco en Internet:
<http://www.ecodimaria.net>
Suscripciones:
info@ecodimaria.net
E-mail redacción:
ecoredazione@infinito.it

Que nos bendiga Dios Omnipotente, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

don Alberto

Villanova M., 3 de marzo de 2006

Resp. Ing. Lanzani - Tip. DIPRO (Roncade TV)